

V Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 6, 1-2a. 3-8; 1Corintios 15, 1-11; Lucas 5, 1-11

« *Remad mar adentro, y echad las redes* »

10 Febrero 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« *No podemos solucionarlo todo con palabras. Nuestros silencios son más constructivos. El silencio que acompaña y sostiene. El silencio que es oración y amor expresado* »

Muchas veces hacemos sufrir a quienes más queremos. Lo hacemos con frecuencia sin pretenderlo, sin querer herir. Queriendo seguir la voz de Dios, no logramos satisfacer los deseos y expectativas de los que más nos quieren. En la película «*Moscati, el médico de los pobres*», decía el protagonista: « *¿Alguna vez alguien ha sufrido por tu culpa? Acabamos haciendo daño con nuestras acciones. Aquellos a los que queremos sufren por nuestra culpa*». Es así, defraudamos con frecuencia. Porque, en realidad, nunca podremos dejar a todos felices con nuestros actos. Tal vez nuestro amor despierta expectativas que nunca vamos a cumplir. Pero es duro herir sin querer hacerlo. En ocasiones son nuestros silencios los que hieren, porque no salen de nuestro corazón las palabras oportunas, aquellas que tendrían que alegrar los corazones y que callamos por miedo, por olvido, por cobardía o por desidia. Aunque, la mayoría de las veces que herimos, lo hacemos con nuestras palabras. Es fácil herir con palabras, con la forma como las decimos. Nuestras palabras pueden ser flechas que hieren. Las palabras pueden ser malinterpretadas. Como decía Isaías: «*Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros*». En ocasiones podemos pretender ayudar con nuestras palabras en aras de la verdad, porque no queremos vivir en la mentira. Creemos que la verdad tiene que quedar clara y la justicia restablecida. Queremos ser honestos y sinceros. No obstante, no siempre es necesario decirlo todo, porque la verdad hace daño. Y no todos pueden cargar con la verdad en todo momento. ¡Qué difícil vivir con personas que se empeñan cada día en hacernos ver lo que no es correcto, lo que tenemos que cambiar, en un afán sincero por decir siempre la verdad! Ya lo decía el Hermano Rafael: «*En el silencio y en la oración, podemos hacer más que con todo el ruido de palabras*». Las palabras que pretenden restablecer la justicia muchas veces lo empeoran todo. No podemos solucionarlo todo con palabras. Nuestros silencios son más constructivos. El silencio que acompaña y sostiene es fundamental. **El silencio que es oración y diálogo con Dios. El silencio que es amor expresado dulcemente.**

¡Qué importante es aprender a ser libres de lo que nos dicen o de lo que piensan de nosotros! Pero no es tan fácil. ¡Qué difícil resulta vivir con paz interior cuando nos muestran toda nuestra verdad, esa verdad que cuesta aceptar! Puede ser que nos importe demasiado salvar nuestro nombre y por eso no estamos dispuestos a callar. Nos importa esa imagen que los demás tienen de nosotros y queremos protegerla. Pero poco importa a la larga la imagen. Todo pasa, nada dura para siempre. Sólo el amor es eterno. La verdad la sabe Dios y eso es lo importante. Podrán difamar nuestro nombre, podrán criticarnos con o sin razón. Nosotros estamos llamados a guardar silencio. Vivimos con heridas y herimos desde nuestras heridas. Sin pretenderlo. Sin quererlo. Leer al peregrino ruso nos da algo de luz: «*Cuando alguien me ofende, pienso tan solo en la bienhechora oración de Jesús, y muy pronto desaparecen la ira o la pena y me olvido de todo. Mi espíritu se ha vuelto muy sencillo. Nada me preocupa, nada me da cuidado, nada exterior me distrae y quisiera estar siempre en la soledad; estoy habituado a no sentir sino una sola necesidad: rezar incesantemente la oración, y cuando lo hago así,*

*una gran alegría invade todo mi ser. Dios sabe lo que sucede en mí*¹. Quisiéramos vivir así para no sentirnos ofendidos por el mundo, por la vida, por aquellos que no nos comprenden. Siempre quejándonos del poco amor recibido. Quisiéramos vivir con la paz en el alma y anclados en Dios. Quisiéramos vivir con esa libertad interior que es un don que brilla sobre todo. Con esa capacidad para perdonar y olvidar las ofensas. Me decía una persona. «*La verdad es que es cierto, el amor no siempre cura todas las heridas. Algunas permanecen en el tiempo*». Cuando nos ningunean, cuando nos desprecian, cuando no nos valoran como esperamos, experimentamos la herida, vuelve a doler la herida. La falta de amor nos hiere en lo más profundo. Y puede ser que esa herida no cure nunca, puede que permanezca siempre abierta en el alma. Cuesta olvidar para siempre. En momentos de debilidad la recordamos y lo único que podemos hacer entonces es entregársela a Dios cada día. El problema viene cuando nos sentimos ofendidos y corremos en seguida a hacérselo ver a quien nos ha ofendido, o al mundo entero a través de la crítica, la violencia, el desprecio.

La misericordia de Dios proclamada hoy en el salmo, nos recuerda que estamos llamados a ser hombres de misericordia. Hombres de paz y concordia, hombres de alegría, hombres de unidad en un mundo dividido. Por eso nos dirigimos a Dios con las palabras del salmo: «*Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor. Te doy gracias, Señor, de todo corazón; me postraré hacia tu santuario. Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera a tu fama; cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. Canten los caminos del Señor, porque la gloria del Señor es grande. Tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo: Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos*. Sal 137, 1-2a. 2bc-3. 4-5. Miramos la misericordia de Dios que nunca pasa. Somos obra de sus manos y testigos de su amor. Necesitamos vivir anclados en su amor incondicional para poder mirar con más libertad y más paz a los que más queremos. Queremos encontrarnos con ese Dios personal y misericordioso, ese Dios que camina a nuestro lado y nos da esperanza. Decía Henri Nouwen: «*Frecuentemente confundimos amor incondicional con aprobación incondicional. Dios nos ama sin condiciones, pero no aprueba todo tipo de comportamiento humano. Dios no aprueba la traición, la violencia, el odio, la suspicacia, la ira, la envidia, el hurto, el robo, el rencor, la maledicencia y todas las demás expresiones de maldad, porque todas ellas contradicen el amor que Dios quiere insertar en el corazón humano. La maldad y la crueldad son la misma ausencia de Dios. Los actos de maldad en cada una de sus formas no pertenecen a Dios*»². Es el amor misericordioso que recibimos y que nos transforma desde lo profundo. Podemos cambiar como consecuencia de un amor así. Un amor que perdona y levanta. No un amor que tapa y nos deja seguir justificados haciendo el mal. La misericordia de Dios nos hace de nuevo. Queremos aprender a mirar con misericordia, sin juicios, sin rencor. No es tan sencillo para nuestro corazón herido que tiende a herir. Sólo puede ser obra de la gracia. Miramos a María que supo llevar con paz la injusticia, el desprecio a su hijo, la difamación y la mentira. Ella guardó silencio y meditó en su corazón el querer de Dios al pie de la cruz. Con la humildad de una esclava, con la paz de una hija, con la confianza que sólo puede darnos Dios. Experimentó la misericordia de su abrazo y descansó. Ahora nosotros aprendemos a descansar en María. Nos dejamos tiempo para estar a su lado, para vivir en su Santuario. **Queremos aprender a mirar con sus ojos llenos de misericordia.**

Jesús se acerca hoy al mar de Galilea. Se acerca a ese mar en el que se manifiesta la inmensidad de Dios: «*En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret*». Jesús está en la barca, en medio de los hombres. Rodeado de manos que quieren tocar su manto y ser sanados. Jesús aparece en el mar de nuestros límites, ese mar que parece insignificante al lado del mar ilimitado de Dios. Aparece en medio de nuestro pecado, que nos hace sentirnos frágiles. Junto a ese mar sin orillas de Dios los hombres buscan respuestas, vida y esperanza. Junto a ese mar

¹ Peregrino Russo, 25

² Henri Nouwen, “El regreso del hijo pródigo”, 53

quieren tocar su manto, oír su voz, llenarse de vida. Se acerca Jesús a ese mar para así tocar también el limitado mar de nuestra vida. Nosotros soñamos con tocar el agua de Dios, la infinitud hecha carne. Él quiere tocarnos a nosotros para darnos la vida. En nuestro interior soñamos con salir de nuestro propio mar para llegar al mar de Dios, a ese mar sin orillas y sin límites. En la película «*Moscati, el médico de los pobres*» decía el protagonista frente al mar: «*Cada uno es una gota de agua que cae en el mar. Cuando se disuelve se convierte en mar. Nunca hay que dejar de amar. Por eso no tengo miedo de morir*». Cuando amamos con toda el alma, cuando nos abandonamos totalmente a Dios, dejando que Él lleve nuestra vida, perdemos el miedo a morir. Porque al morir volveremos a Dios, de quien venimos y en Él descansaremos. Porque nuestra vida es una gota en el mar. Sólo una gota, tal vez, pero fundamental para que el mar sea mar. Una gota necesaria e imprescindible. Las orillas de nuestro mar, esas orillas que tan bien conocemos, nos parecen muy pobres ante la infinitud de Dios. Pero nos resulta difícil romper los límites impuestos. Los límites que nos ponemos. Eso límites que marcan el fin de nuestra mirada y nos desconciertan, porque el alma sueña con el infinito de Dios. Sin embargo, nuestra mirada no rebasa la finitud de nuestro mar. La fe quiere ir más allá de los límites, más lejos. Porque tenemos sed de infinito. Como los niños que tropiezan con su propia pequeñez y debilidad, en el esfuerzo por escalar las cumbres más altas. Porque se creen invencibles y son torpes. Este mar de nuestra vida está limitado. Lo abarcamos con nuestras capacidades y nos sentimos abrumados al soñar con el mar de Dios, con un mar sin orillas. El infinito nos desconcierta. Nos inspira algo de temor. Quisiéramos hoy vencer nuestra finitud. Salir de nuestro mar, de los límites conocidos, de la finitud que tanto nos esclaviza. Queremos mirar más allá. Pero para salir de dónde nos encontramos necesitamos siempre una llamada, una voz que irrumpa, **una presencia que nos desestabilice y logre sacarnos de la comodidad del día a día.**

Por todo ello es fundamental que Jesús nos llame desde nuestra misma barca. Hoy sube a nuestra barca, se mete en nuestra vida, no se queda esperando, irrumpiendo en nuestros límites: «*Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra*». Y así puede entonces enseñarnos a navegar por un mar ilimitado, rebasando nuestro propio mar y sin tener que dejar nuestra pobre barca: «*Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: - Remad mar adentro, y echad las redes para pescar. Simón contestó: - Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes. Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían*». Nos sorprende esa presencia cercana de Dios. No se asusta ante nuestra indigencia, no se escandaliza de nuestro pecado. No huye de la barca pobre y sucia. Entra en ella, se queda con nosotros. Llega a nuestra barca para que aprendamos a no tener barreras, para que no pongamos límites a lo que podemos lograr. Para que creamos cuando la razón nos pide que seamos prudentes y cautos. Oímos su voz sobre las aguas, sobre ese mar tan conocido. Sus pies sobre las aguas y sobre las maderas de nuestra barca, en el alma. Su paz que nos salva y nos permite calmar la ansiedad que nos confunde. **Confiamos. La confianza nos sostiene.**

¡Qué difícil llegar a confiar! Sobre el mar encrespado, buscamos la paz en Aquel que calma el mar con su Palabra. Sin las orillas que den seguridad todo parece más difícil. Su fuerte voz predicando desde la barca nos da esperanza. Desde la vida que se nos escapa, porque es limitada, escuchamos su voz. Tenemos miedo al mar ilimitado, a un mar sin orillas, a un mar embravecido y revuelto, sin control. Tenemos miedo a perder el timón de nuestra barca y dejar así que nos lleve la corriente, ignorando el rumbo. Necesitamos un milagro, tal vez el más importante, para cambiar de mirada. Necesitamos ver con otros ojos para dar un salto de fe. El otro día leía: «*El salto de fe significa darme sin esperar recibir, invitar sin esperar ser invitado, abrazar sin pedir ser abrazado. Amar sin esperar ser amado. Y cada vez que doy este pequeño salto, encuentro a ese Dios que me busca, ardiendo de deseo porque mis rencores y*

quejas desaparezcan y me siente a su lado en el banquete celestial». Así queremos confiar. Sólo así seremos capaces de dar un salto de fe, si confiamos. Necesitamos aprender a mirar con su carne. Para no buscar la gloria en el mundo que es vanidad. Para no pretender lo que no nos salva y nos esclaviza. Tenemos miedo al infinito, al mismo tiempo que lo anhelamos. La pesca ha sido pobre, no hay frutos que le den sentido a nuestra vida. Estamos sedientos de un agua nueva y Él nos promete una fecundidad infinita. Si le obedecemos, si hacemos lo que nos pide, todo funcionará mucho mejor. Pero nos da miedo, nos parece demasiado arriesgado: «*Echad las redes*». ¿De nuevo? Pero si ya lo hemos hecho. Creemos que lo sabemos hacer todo mejor que él y nos equivocamos tantas veces. «*Por tu palabra, echaré las redes*», dice Pedro y lo repetimos nosotros. Cristo tiene razón. Pero los límites que pone el corazón nos dan miedo. Son límites confusos y férreos. Límites que no nos dejan arriesgar la vida, porque sólo se vive una vez. El corazón busca la calma y no la encuentra en un mar infinito, demasiado abierto, lleno de peligros. Quiere el éxito, pero sin lucha, sin tener que perder la vida en el intento. Busca ser fecundo por encima del mar propio, pero sin esfuerzo, sin sacrificio. Haciendo lo de siempre, sin arriesgar. Echando las redes en los lugares conocidos, sin buscar nada nuevo. Esperando peces donde tantas veces sólo hemos hallado vacío. Nos cuesta creer en el poder de Dios, «*es imposible*», pensamos. Hoy Cristo entra en nuestra barca, accede a lo más íntimo de nuestra vida y nos pide que rememos mar adentro, en la profundidad del mar de Dios. Sin miedo, siempre mar adentro. Sin **mirar la orilla que dejamos atrás. Sin desear volver a las seguridades que nos calmaban.**

Pero tenemos miedo. Hay miedos profundos en el alma. Nos sentimos inseguros. Los miedos nos impiden pensar en un mar abierto sin orillas, en un mar profundo y desconocido. No lo controlamos. Son miedos provocados por las circunstancias difíciles de cada día. Angustias que surgen en el alma ante un futuro incierto y confuso. Miedos a lo desconocido, miedos irracionales. Decía el P. Kentenich: «*Para comprender la crisis de este tiempo, tengamos en cuenta que la existencia del ser humano, la existencia cristiana, está sumida íntegramente en la inseguridad; y esta inseguridad se ha agravado de manera espantosa*»³. El miedo limita nuestra vida y nuestras aspiraciones. Nos limitamos para no arriesgar. ¿Cómo se manifiesta el miedo? Decía el P. Kentenich: «*En un estrechamiento de la fantasía, de la memoria y de la razón. Cuando la voluntad es presa del miedo pierde su norte y es arrastrada de un lado a otro. El hombre pierde su dignidad, su identidad, comete acciones indignas, dice mentiras*»⁴. El miedo nos limita. Nos recluye en las orillas de nuestro mar limitado. Y el camino que señala para superar los miedos es la infancia espiritual: «*La curación es posible, ésta sólo se logrará apelando a la audacia de una sencilla infancia espiritual*»⁵. Sólo avanzaremos por el ancho mar si nos abandonamos en las manos de un Dios que es Padre. Si nos relajamos y dejamos que Dios gobierne nuestra barca. Si nos hacemos niños confiados para aprender a vivir sin seguros, asumiendo los riesgos de la vida. **Simplemente abrazados a la única certeza que nos da el amor de nuestro Padre Dios. Ese amor que acompaña.**

No obstante, ante la llamada de Dios nos sentimos pecadores. Nos sabemos indignos y cobra fuerza la conciencia de nuestro pecado: «*Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: -Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón*». El miedo a no valer, a no ser lo suficientemente buenos para Dios, es fuerte en el alma. Es el miedo que despiertan nuestra incapacidad y los límites de nuestro mar. Se hace patente la pobreza de nuestra barca y nos sentimos desnudos ante Dios. Se trata de la misma debilidad de Isaías al ser llamado por Dios. Se siente indigno de estar con Él: «*Yo dije: - ¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habitó en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos*

³ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 252

⁴ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 253

⁵ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 255

al Rey y Señor de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, con un ascua en la mano, que había cogido del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: - Mira; esto ha tocado tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado». Dios purifica nuestros labios y nos envía. Es Él el que nos purifica al elegirnos. Y entonces somos capaces de responder a su llamada: «Entonces, escuché la voz del Señor, que decía: - ¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí? Contesté: - Aquí estoy, mándame». Isaías 6, 1-2a. 3-8. La misión es más grande que nuestro mar reducido pero confiamos. Como leía el otro día: «Tuve que repetirme entonces mi convicción más firme: que mis miserias no me apartan de Dios, sino que me devuelven a Él»⁶. La miseria personal nos molesta y nos aleja muchas veces de Dios. Porque no nos gusta sentirnos débiles. Queremos ser fuertes y perfectos siempre. Sin embargo, hoy miramos a Pablo en su confesión: «Como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído». 1Corintios 15, 1-11. El menor de los apóstoles fue elegido por amor, por un amor incondicional que no lleva cuenta del mal. Nada menos que el infatigable apóstol Pablo, se siente indigno y pecador. Un aborto, no un hijo querido. Sin embargo, el amor de Dios lo levantó del barro y lo hizo digno, lo hizo misionero.

Para Jesús nuestra indignidad no es importante, nuestros límites no son un obstáculo a sus ojos: «Jesús dijo a Simón: - No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron». Lucas 5, 1-11. Sobre las aguas queremos seguir sus pasos, queremos no tener miedo. Aunque sus huellas se pierdan en el mar. Queremos seguirle aunque nos duela el alma y nos sintamos débiles y torpes. Anhelamos sus pasos. Queremos oír su voz, comer su pan, ver sus milagros. Aunque luego no sepamos qué hacer con la vida. Aunque estemos confundidos. Queremos ver al Señor entre los hombres. Verlo y seguirle. Con dudas, siempre con miedo. Pero firmes en nuestro deseo. Pero sólo si lo vemos, si lo tocamos, podemos seguirle. Sólo si nos mira. Con esa mirada penetrante que leía y veía todo sin preguntar. Esa mirada llena de silencios y respeto. Esa mirada paciente que aguardaba. La misma mirada de Dios sobre María. Aguardando su sí, nuestro sí. Nuestros pies dispuestos. Nuestra entrega generosa. Sin miedo a no poder, a caer. Aunque no sea tan fácil. Queremos decir que sí. Nos sentimos fuertes y débiles al mismo tiempo. Estamos dispuestos a dar la vida y nos asusta. Quizás luego el cansancio nos venza. Y vuelvan los miedos. Y volvamos a caer. ¿Cómo responder con un sí a la pregunta más grande?: «Pedro, ¿me amas?» Es demasiado grande el sí de Dios. Es un sí de amor sobre nuestra vida. Nos sentimos pequeños y desvalidos. No hay voz en el alma. Sólo un mudo silencio. Nos sentimos muy pequeños ante Dios. Ante un amor infinito. Ante un abrazo que nos sobrecoge. El alma calla. Queremos abrazar el mar en un solo gesto algo torpe. Y seguir sus huellas desdibujadas sobre el agua, sin miedo a hundirnos. Nos falta fe para creer en lo imposible. Tropezamos siempre de nuevo con nuestra mirada tan humana. Caemos y callamos. Queremos correr hasta la meta. Abrazar a Dios como quien puede abarcar el infinito. Pero surge el miedo al caminar sobre aguas inseguras. Sólo el amor sostiene nuestra vida. Lo olvidamos. Remar mar adentro. «¿Me amas más que éstos?» La pregunta que cambia una vida. Sí. El Señor lo sabe todo. Sabe que le queremos. Decía Benedicto XVI: «Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban». Con nuestro amor tan humano somos capaces por la fe de dejarlo todo y seguir sus pasos. No sabemos decir «te quiero». Y es fundamental que aprendamos a decírselo a Dios muchas veces. Que logremos escuchar su voz y responder con nuestro sí enamorado. **Escuchar su voz sobre las aguas como un canto de esperanza. Como el día que se abre paso en medio de la noche. Confiamos.**

⁶ Pablo D'Ors, "Sendino se muere", 51